

EL FELIZ MUNDO DEL CONSENSO

ENTRE las varias formas de la utopía política, una de las más difíciles, y también de las más deseables, es la del consenso. Que haya unanimidad en el enfoque de los problemas básicos de la nación, y que todos aporten su ayuda al colectivo. Diríamos que, en una proyección ideal, cada partido tiene vocación de partido único (por las buenas, por el convencimiento de todos los ciudadanos de que sus programas y su estilo representan la solución única) y que todo político aspira a ser el "padre de la patria". No es extraño que la UCD y el señor Suárez sufran esa alucinación tan frecuente y que se les refuerce en situaciones tan espectaculares como la del final del debate del miércoles y el jueves de la semana pasada. Es frecuente oír en los más entusiastas ucedistas la declaración de que su partido va a gobernar durante veinte años más. Lo dicen con modestia y con humildad: seguramente piensan en la eternidad. La verdad es que en los días previos al debate se rumoreaban caídas y censuras: se decía que de alguna forma el Gobierno tendría que irse hacia la derecha —tesis Fraga: una composición con alguien de Alianza Popular— o que tendría que ceder hacia la otra vertiente, hacia la propuesta del señor Carrillo de la "concentración nacional" —que es un desarrollo utópico de la utopía del consenso: si hay consenso, que gobiernen todos—, o, por el contrario, que se afilaría la cuestión de la alternativa socialista. Tras el debate, ni hay coalición con la derecha, ni concentración con todos: y la alternativa se aleja un poco más. Estamos largamente condenados a la UCD y al señor Suárez.

EL debate, puede recordarse, fue clavado en el costado del Gobierno por una ira momentánea de los partidos representados en el Congreso. Se habla despeñado del Gobierno al que parecía ser su piedra angular, el señor Fuentes Quintana: piedra angular porque iba a ser el mago de las finanzas (otra utopía, otro milagro con el que sueñan todos los países en momentos de angustia) y porque de su estro económico, acreditado en largos años de profesorado y teoría y en la creación de una amplia red de discípulos que luego se extendió por todos los partidos y por todos los organismos. Su ga-

rantía y su proyecto habían sido la base de los acuerdos económicos de la consagración del consenso, que fue el pacto de la Moncloa. Un día desapareció del gobierno el señor Fuentes Quintana, con alguno de sus colaboradores: y ese día se encrespó el Congreso, los protagonistas del consenso —las segundas partes— se sintieron burlados o desdénados y pidieron explicaciones. Se les dieron mal y despectivamente, y emplazaron al Gobierno para una explicación mayor. En la que debía ir envuelta una declaración de gobierno y una explicación de otros temas que atañen al conjunto del complejo nacional. Con esa lentitud característica de nuestra vida política, que parece aún más lenta por la velocidad uniformemente acelerada con que se presentan los problemas y por su urgencia, se fijó el debate para la primera sesión del mes de abril. Y en ese lapso menudearon los rumores: se habló de una moción de censura, de unas exigencias de los partidos, de una necesidad urgente de remodelar el Gobierno. Parecía como si la oposición —la de derechas, la de izquierdas— fuese a ser, realmente, una oposición. Y el Congreso un congreso, el debate un debate. Cuando el 5 de abril el presi-

dente pronunció su esperado discurso, se produjo la gran decepción. No había dicho nada. Setenta minutos de vacío. Ni quedaba suficiente explicada la salida del profesor Fuentes Quintana, ni había declaración política ni declaración económica. Pronto vendrían los oradores de la oposición a rescatarlo. El más crítico, el más orgánico, el de don Felipe González, pero con la mano generosamente tendida. Matices, precisiones... pero, finalmente, el Gobierno está en las mejores condiciones para gobernar, hay varias fórmulas posibles "pero creemos que ninguna como la del marco de la política de consenso le va a permitir gobernar mejor". Santiago Carrillo: "Estamos de acuerdo con el señor Suárez en que una política de consenso o de convergencia es indispensable". Fraga, con su caja de Pandora abierta, con su catastrofismo siempre en ristre, pero matizando pronto: "En todo caso, no venimos a decirle al Gobierno que se vaya, sino que gobierne, administre, responda y se moje". Nadie había ido a decirle al Gobierno que se vaya. La sola idea pone de punta los pelos de sus señorías. El naufrago salía a flote, y no le quedaba más que encaramarse en la tabla sosteni-





El día que Fuentes Quintana, con alguno de sus colaboradores, desapareció del Gobierno, se encrespó el Congreso, los protagonistas del consenso se sintieron burlados o desdenados y pidieron explicaciones. En la foto, primer Consejo de Ministros del Gobierno Suárez-Fuentes, el pasado 11 de julio.

da por los otros. Fue el momento radiante de Suárez, el discursillo final: la cadencia en este concierto bien concertado, la improvisación. Lo que se esperaba. Y de nuevo la felicidad reinó en el hemicycle: no había pasado nada. Cuentan los cronistas que Fraga abrazó al presidente y le dijo: "Enhorabuena, Adolfo. Hoy sí". Y que Felipe González dijo que Suárez había subido su nivel político hasta alcanzar la medida; y los comunistas Carrillo y Tamames que había sido "breve y muy conciliador, buscando la síntesis", y vascos y catalanes se dejaron llevar por la efusión del abrazo.

T ELEO la breve pieza y, sin duda, por falta de emociones y por falta de ambientación, no encuentro tanto prodigio. Ni tanta diferencia con el discurso del día anterior. Pienso si estarían todos deseando que el fastidioso debate terminase bien, en punta: el Suárez había provocado el "happy end". Pero tampoco soy crítico para el primer discurso, para el elaborado y leído. Ni veo tanto motivo de decepción en aquél, ni tanto de entusiasmo en éste. Por el contrario, creo que las dos piezas son muy inteligentes y muy políticas. Una política de consenso, en la realidad —mucho más acá de la utopía— es siempre una política de compromiso, y una política de compromiso tiende, generalmente, a la nada. El presidente Suárez tiene en sus manos esta pieza prácticamente única en la historia de la política española que es el pacto de la Moncloa, como documento firmado del consenso. "Nosotros hemos defendido los pactos de la Moncloa más que el mismo Gobierno, hasta la impopularidad", diría el señor Carrillo, con una sinceridad absoluta. El señor Suárez lo sabe, y este es su pedestal político. La inteligencia política del señor Suárez consistió en plantear, desde el primer momento, la realidad conseguida: aquí no rigen normas constitu-



ciones concretas, aquí existen unas peculiaridades en las que todos han convenido previamente. "La singularidad de nuestra forma de gobierno, en esta etapa de transición, puede justificar en parte el clima de desconcierto, de malestar y hasta de pesimismo que existe en ciertos sectores de la población española". Aquí no hay Constitución, aquí hay un Gobierno especial, singular. No hay ni siquiera una verdadera democracia: empezará cuando haya sido promulgada la Constitución ("Quiero adelantar que, una vez esté definitivamente la Constitución, aunque sigamos siendo fieles a los pac-

tos y compromisos adquiridos, comenzaremos un modo de gobernar propio de sociedades plenamente democráticas"). Esto es así, y se sabe. Se sabía cuando los grupos parlamentarios aceptaron discutir con Suárez en la Moncloa y firmaron con él unos protocolos. ¿Qué aspavientos tienen que hacer ahora? Solamente que este emplazamiento ante las realidades, a veces con tono de desplante —como, al referirse a los cambios en el Gobierno, dijo "en todo caso, esta es mi responsabilidad"—, no era el que los partidos querían escuchar en el Congreso, y sobre todo no era el que querían que escuchasen los españoles. Porque pueden identificarles a ellos con el Gobierno en el momento en que la vida nacional atraviesa toda clase de riesgos. Hubieran querido un discurso que acudiera menos a esta realidad: que el consenso del que se habla no ofrece otras posibilidades; que esto es una transición, que todo es particular y raro, y que todos son responsables. La coda del jueves iba a permitir a los partidos creer que el actual equilibrio del consenso no iba a romperse.

E STO es, volvemos a empezar. El Gobierno ha lavado sus culpas —sus bruscos y unilaterales cambios en el Gabinete, su retraso en la Constitución, su retraso en las municipales: hasta el desequilibrio entre precios y salarios, hasta el aumento en el desempleo, hasta la dificultad en sujetar el orden público— en este Jordán parlamentario. Ha salido ante los congresistas más fuerte que nunca. Quizá los partidos políticos hayan quedado más débiles que antes, ante un juicio que desborda el producido en el debate: el del conjunto de la nación, que no se consuela de sus pérdidas diarias.

R ODO, una vez más, puede volver al orden. A las reuniones de comisiones y ponencias, a la extensión de la red ucedista por el país, a la espera larga de las elecciones municipales: a la esperanza de la "democracia plena" esbozada por Suárez. Todo va por lo mejor en el mejor de los mundos posibles. El mundo del consenso. ■